

CAPÍTULO 1

Notas sobre el quehacer etnográfico

María Cristina Salva

Introducción

Los planteamientos y orientaciones que aquí se vierten derivan en parte de nuestra trayectoria vinculada con la institucionalidad universitaria integrando equipos de trabajo en carreras de grado y posgrado de disciplinas propias y afines. Brindar aportes a la formación de estudiantes universitarios, especialmente de las carreras de Psicología, ha sido un eje conductor de nuestra trayectoria guiada por el interés de proveer cierto estímulo a la construcción de una trayectoria formativa interdisciplinaria que enriquezca su rol profesional. De esta manera se intenta aquí abonar el camino al entendimiento de las bases socioculturales de los comportamientos humanos y sus modos de abordaje y de explicación, examinando y discutiendo a tal efecto los aportes de la perspectiva etnográfica clásica en el campo disciplinar de la Antropología.

En consecuencia corresponde señalar, como principio básico, que uno de los primeros pasos en la producción de conocimiento social implica el ejercicio de una labor reflexiva de desnaturalización de las realidades sociales ya que dichas realidades, por más habituales y conocidas que nos parezcan, son en principio *mundos a develar y relaciones a explicar*. Al mismo tiempo conviene también señalar que, si bien en este texto nos vamos a centrar en ciertos saberes y prácticas de la antropología social, la posibilidad de generación de conocimientos es una cualidad constitutiva y distintiva de la especie humana:

Desde la configuración definitiva de la especie, los seres humanos han tenido la necesidad de actuar sobre la realidad material exterior a su propio interior, una actuación que ha comportado necesariamente su transformación históricamente paulatina como seres en sociedad. Esta necesidad imprescindible de actuar ha puesto en relación el mundo exterior al ser humano con su mundo interior. La relación básica se ha establecido a través de la actividad cognoscitiva: los seres humanos necesitan conocer en su interior mediante la fabricación de imágenes e ideas (es decir, la razón como facultad específica de los seres humanos y pensamiento como actividad resultante de esta facultad) para operar en la realidad espacio-temporal que les circunda y transformarla en el sentido que ellos deseen. El trabajo interior (de la razón y la actividad pensadora) sobre el mundo exterior, es lo que termina por fabricar conocimiento. (Prats y Fernandez, 2017, p. 98)

Si de esta argumentación del fabricar conocimiento como facultad específicamente humana pasamos ahora a pensar en el proceso de producción de conocimiento científico es dable señalar que lo vamos a entender como una actividad que asume un carácter constructivista¹ y que se produce siempre en un contexto sociopolítico e histórico.

De modo similar se alinea la postura externalista de la ciencia al sostener que las influencias externas (la estructura social, económica, la política) están siempre presentes y operan como condiciones de posibilidad de la emergencia, desarrollo, continuidad y cambios del conocimiento científico. De modo que el proceso de producción de conocimiento científico es un proceso colectivo condicionado por las luchas entre distintos grupos de interés y dependiente también de la capacidad de los sujetos (científicos) de distinguir ciencia de no-ciencia y de su posibilidad de construir metodologías que distingan la realidad material de las categorías abstractas que la reconstruyen (Thuiller, 1992).

No obstante el autor no desdeña la propuesta internalista de la ciencia que sostiene que la misma se desarrolla y legitima excluyentemente por su propia lógica interna, su propia racionalidad y hasta la considera necesaria pero, sin embargo, insuficiente

(...) ya que no da cuenta de cómo lo histórico-social global mediado por la historia particular de la ciencia, cuyo agente histórico es una capa muy diferenciada de la sociedad -la comunidad científica-, influye sobre la evolución y el cambio de las matrices disciplinarias. (p.20)

Una vez expresados estos considerandos generales el capítulo se propone, en principio, presentar algunas cuestiones básicas del quehacer etnográfico en el campo antropológico centrándose en la concepción tradicional del mismo con una recuperación inicial de los antropólogos *fundadores*. Luego se presenta una delimitación conceptual y una aproximación a los fundamentos epistemológicos y teórico-metodológicos del mismo. El rescate de la centralidad del etnógrafo como sujeto social con su experiencia inmediata en el campo. La construcción de una particular mirada sobre lo que acontece en los espacios de la vida cotidiana de los colectivos humanos, al incorporar como dato básico en la producción de conocimiento el abordaje del punto de vista de los “*nativos*”. En consonancia metodológica se incorporan planteos sobre la dimensión de la reflexividad en tanto condición de la vida social misma y por ende de todo el proceso etnográfico.

¹El conocimiento se devela no como un descubrimiento de algo previo en la realidad que permanecía oculto, sino como un producto situado, construido selectiva y contextualmente a través de un proceso de investigación que implica negociaciones de sentidos, construcción de consensos, a los que se arriba por medio de relaciones sociales entre actores interesados (Knorr Cetina, 2005)

Los inicios

La Antropología desde su constitución como disciplina científica ha atravesado históricamente períodos de crisis ocasionados por la aparición de datos nuevos y/o de ciertas problemáticas que no pueden explicarse aplicando las teorías y métodos tradicionales. Uno de esos períodos de crisis acontece en los primeros años del siglo XX dándose importantes puntos de quiebre con las corrientes teóricas del evolucionismo unilineal y del difusionismo que se reflejaron en una reorientación de la investigación etnográfica en el intento de someterla a criterios de verificación más rigurosos. Así en el contexto económico-político e ideológico cultural de la expansión colonialista de Occidente la antropología delimita su objeto en las sociedades “*exóticas*” “*simples*”, “*primitivas*”, “*colonizadas*”, abriendo el camino para ciertos debates, por ejemplo, sobre lo universal y las particularidades de las diversas culturas y en el plano de la memoria histórica, el interés por la acumulación de datos que podían llegar a desaparecer a la par de la desaparición de la generación de los ancianos poseedores de conocimientos que no podrían reemplazarse. Con este panorama aumentaba la demanda de trabajo de campo profesional que exigía que el investigador habitara el territorio y acreditara experticia en la disciplina. Entre los años de 1906 a 1908 los antropólogos ingleses W.H. Rivers y A.R. Radcliffe-Brown realizaron sus investigaciones, con permanencia en el seno de las poblaciones, entre los *todas* del Pacífico el primero, y entre los isleños de Andamán en el Océano Índico el segundo. Es Rivers quien establece una distinción en el trabajo de campo distinguiendo entre *trabajo de reconocimiento* y *trabajo intensivo*. Describía el primero como las visitas a las poblaciones para trazar mapas e identificar los problemas que requirieran ser estudiados. Por su parte el trabajo intensivo era ciertamente distinto al ser “una combinación de intensidad y minuciosidad (...) en la que el investigador vive durante un año o más entre una comunidad (...) y estudia todos los detalles de su vida y su cultura, llega a conocer a cada miembro de la comunidad personalmente” además de que el acceso a la información se logra a través de la lengua vernácula (Rivers, citado en Kuper, 1973, p.22).

Entre los historiadores de la Antropología hay coincidencia en señalar a Bronislaw Malinowski y a Alfred R. Radcliffe-Brown como la primera generación de especialistas que dirigieron, en sus inicios, a la moderna antropología social inglesa. Es desde el pensamiento funcionalista en Antropología que Malinowski funda los estudios de antropología social bajo el paradigma del trabajo de campo intensivo en una comunidad lejana, *exótica*, en sus palabras.

Cuando tenía treinta años comenzó su tarea de etnógrafo con trabajo de campo en el sur de Nueva Guinea durante seis meses, como resultado de ese estudio destacó las ventajas de trabajar en la lengua vernácula y en contacto directo con los habitantes de las comunidades. En 1915 se estableció en las islas Trobriand, cerca de Nueva Guinea, donde pasó dos años lo que le permitió sentar los cimientos de los lineamientos modernos del trabajo de campo. Entre 1922 y 1935 se publican varias monografías sobre las Trobriand. En su significativa obra “Los Argonautas del Pacífico Occidental” de 1922, Malinowski presentó su investigación etnográfica sobre

el comercio ceremonial Kula². En la Introducción de dicha obra el autor expuso un compendio metodológico donde propone al trabajo de campo y a la observación participante como requisitos *sine qua non* de toda investigación antropológica³.

Una de sus principales preocupaciones fue la de formalizar la traducción y sistematización de sus observaciones. De manera que estableció tres clases de datos cada una de las cuales requería técnicas de recolección y registro específicas. El primer nivel metodológico de la realidad etnográfica hace referencia al registro de instituciones y costumbres cuyos datos provienen de las descripciones hechas por los propios pobladores y de los que proporciona la observación directa realizada por el investigador. En otro nivel se ubica la tarea de registrar las condiciones de la acción social, lo que Malinowski llamaba *los imponderables de la vida diaria* (Malinowski, 1973, p.30). En este nivel el investigador debe confrontar los relatos que le ofrecen los pobladores sobre cómo es su comportamiento cotidiano con las observaciones que el investigador realiza sobre el comportamiento efectivamente cumplido. Aquí el autor llama la atención sobre un fenómeno común de la vida cotidiana: la distinción entre lo que los sujetos dicen que hacen y lo que realmente hacen en su experiencia diaria. Luego en el tercer nivel se encuentran los datos correspondientes a elementos del folklore, de las creencias, narraciones típicas, que proporcionarían una documentación del pensamiento (*mentalidad*) indígena. De la suma de los tres niveles de la realidad etnográfica se puede obtener -señalaba Malinowski- una percepción de lo que la gente dice sobre lo que hace, lo que realmente hace y lo que piensa.

Es evidente que los individuos, si pueden, manipulan las normas en su provecho pero el punto nuclear para Malinowski radica en que lo que hay que colocar en el contexto de la forma de pensar característica de un grupo es la comprensión de *la regla y el comportamiento* ya que el objetivo último del etnógrafo es “aprehender el punto de vista indígena, su relación con la vida, para hacerse cargo de su visión” (Malinowski citado en Kuper, p.33).

Es importante rescatar, para esta mirada sobre la constitución de la etnografía, tres tópicos centrales que preconiza el autor sobre la investigación etnográfica y que reflejan los cimientos de una concepción funcionalista de la cultura: El primer tópico alude al entendimiento de que las culturas son totalidades integradas al ser unidades en funcionamiento, por ende, los distintos componentes de las mismas no deben estudiarse en forma aislada. El segundo alerta sobre tomar distancia (teórica) de las descripciones de la realidad manifestadas por los informantes. Tercero, tener presente que los seres humanos dicen una cosa y hacen otra. En este último tema

² Kula alude a un intercambio ceremonial de bienes entre determinados pobladores en el extenso círculo de islas en el extremo oriental de Nueva Guinea. Malinowski pudo percibir que no se trataba sólo de una institución de carácter económico sino que involucraba también las esferas de lo religioso, de la política, de la mitología, de los ritos. Se creaba así un círculo cerrado de relaciones entre las islas del archipiélago.

³En este compendio Malinowski establece los objetivos y la metodología de la investigación etnográfica cuya meta es captar la escena total de la vida de la población a fin de comprender el sentido que los nativos le otorgan a ella. Para ello propone tres normativas a seguir: la preparación teórica previa del investigador, la convivencia del investigador con la población bajo estudio y el establecimiento de métodos precisos de recolección de los datos y su posterior análisis.

aparece su interés por dar respuesta a los problemas de la *racionalidad*, la fuerza de las reglas y frente a ellas, los comportamientos efectivos regidos por el autointerés de los sujetos.

Unos pocos años mayor que Malinowski fue Alfred R. Radcliffe-Brown quien aportó un conjunto más rigurosos de conceptos al corpus metodológico postulando que la clave de la investigación etnográfica es la descripción en terreno con el objetivo de analizar la integración socio-cultural de las poblaciones humanas. No obstante se diferenció de Malinowski en varios aspectos, entre ellos sus dificultades en el aprendizaje de la lengua vernácula y en el logro de un acercamiento empático con los nativos. Su acercamiento a la sociología de Durkheim se tradujo en el objetivo de formular generalizaciones sobre rasgos comunes a todas las sociedades humanas fundando el estructural funcionalismo.

Contemporáneo de Malinowski y representante de la escuela sociológica francesa el antropólogo y sociólogo Marcel Mauss sentó las bases del plan de trabajo de la etnografía moderna. Aún cuando él mismo no realizó trabajo de campo entendía a la etnografía como una observación en profundidad en la que el investigador “debe cavar a partir de la mejor información indígena hasta los ‘hechos profundos’ casi inconscientes” (Mauss, 2006, p. 24) no olvidando ningún detalle. Con este presupuesto y compartiendo los aportes de Malinowski sobre el Kula trató de abarcar las realidades sociales en su totalidad acuñando, en consonancia, su conocido concepto de *hecho social total* a partir del cual planteaba que en todo fenómeno social están comprometidas las dimensiones política, económica, religiosa y jurídica de la realidad social.

Desde otra postura teórica este quiebre y reconfiguración del quehacer antropológico, que marcamos al comienzo de este apartado, encarna en EEUU en la figura de Franz Boas quien desde el marco teórico del Particularismo histórico y también en abierta crítica al evolucionismo unilineal⁴ postula un quehacer etnográfico basado en el trabajo de campo intensivo para producir material “que muestre cómo piensa, habla y actúa la gente, en sus propias palabras” (Boas, citado en Guber, 2001, p.10). Es decir que si se contempla la estrategia etnográfica básica de Boas, en términos de la opción emic/etic, sus investigaciones se orientaron a la perspectiva *emic* al proponer entender el mundo de los nativos tal como lo entendían los propios nativos “si tenemos el propósito serio de entender los pensamientos de un pueblo, todo el análisis de la experiencia debe basarse en sus conceptos, no en los nuestros” (Boas, 1943 citado en Harris, 1979, p.275). Estas opciones le valieron ciertas críticas por no incluir en sus análisis de los comportamientos nativos una articulación de ambas perspectivas (la perspectiva nativa y la del investigador) (White, 1963; Codere, 1959 citados por Harris op.cit, p. 259-275).

En continuidad generacional se destacan las investigaciones de Ruth Benedict, Margaret Mead, Robert Lowie, Alfred Kroeber y otros discípulos de Boas quienes realizaron sus investigaciones

⁴ Boas frente a las representaciones esquemáticas del evolucionismo unilineal -en especial referencia a L.Morgan y su propuesta de los tres estadios universales de la trayectoria de la humanidad, el salvajismo, la barbarie y la civilización- procedió a demostrar que la validez de esos esquemas era ilusorio porque estaban construidos con pruebas seleccionadas subjetivamente, separadas de sus contextos históricos, de sus realidades concretas.(Boas, citado en Harris,1979,p.239)

bajo los parámetros de un trabajo de campo intensivo a fin de registrar la dinámica global de la vida cotidiana de las comunidades.

Más allá de las distintas posturas teóricas y sus sesgos metodológicos los autores antes mencionados tenían ciertas coincidencias de las cuales nos interesa resaltar la elaboración de dispositivos para el desarrollo del trabajo de campo y el aprendizaje de la lengua autóctona como medios para viabilizar el acceso a la visión de los nativos sobre su realidad y por otro lado, la ponderación del concepto de cultura como el nivel de análisis particular que interesa a la antropología. Este panorama constituía el consenso metodológico de la antropología clásica. El núcleo de la misma hacía referencia a cierto modo de producir conocimiento en sus dimensiones epistemológica, teórica y metodológica, que dio identidad disciplinar a la antropología en conjunto con la especificidad de las sociedades estudiadas:

- Poblaciones *no occidentales*, de baja densidad demográfica (una *totalidad* aprehensible).
- Donde poder establecer una *visión inmediata* (observación participante controlada).
- Con el involucramiento del investigador en *otro* modo de vida.
- Ponderando la reconstrucción del punto de vista nativo sobre los eventos o fenómenos de la trama sociocultural local.
- Con la elaboración final de esa *experiencia* (en tanto vivencia de primera mano, no mediada por terceros) en un producto textual.

En la actualidad la influencia de esta orientación inicial se mantiene traducida en variadas prácticas orientadas a la realización de estudios integrales (el rescate de la idea de totalidad); a la búsqueda de formas y ordenamientos socioculturales distintos de los occidentales, pero útiles en relación con las necesidades humanas; a la atención dada a ciertos fenómenos de importancia estratégica y que no pueden recogerse mediante interrogatorios sino que tienen que ser observados en su plena realidad. Todo ello en el marco de las estipulaciones metodológicas que proponen los postulados del relativismo cultural y del interés por la búsqueda de los significados. En pos de este objetivo Clifford Geertz (1995) intentó reformular el ejercicio etnográfico situándolo en la dimensión simbólica de la realidad social y definiéndolo como *descripción densa*. Planteó que la etnografía es más una actividad de interpretación que de observación ya que su materia prima son “datos que son interpretaciones elaboradas sobre interpretaciones de otras personas” (pp. 20-24). El camino abierto por este autor ha sido objeto de adhesiones y también de varias críticas, entre estas últimas las de carácter socio-político que no avalan la separación del texto etnográfico de su contexto de producción tal como favorece dicha propuesta ya que si se separan los textos de su contexto social, “la relación entre simbolismo y política, así como la dimensión precisa del problema del poder, resulta imposible saber hasta qué medida estos textos pueden servir para propósitos de dominación, explotación o resistencia” (Nivón y Rosas, 1991, p. 48).

Para finalizar este apartado queremos señalar que hoy la etnografía aporta, además, reflexiones teórico-metodológicas de carácter crítico que implican al investigador como un sujeto

comprometido en la producción de conocimiento social, se promueve la incorporación de la dimensión política al análisis sociocultural, la práctica reflexiva, las consideraciones éticas.

Asimismo indicar que queda por fuera de los límites de este texto la consideración de otras miradas actuales sobre la etnografía como aquéllas de inspiración postestructuralista.

Reflexiones sobre el quehacer etnográfico

Todo grupo de personas —presos/as, maestros/as, aeronavegantes o pacientes— desarrolla una vida propia que se convierte en significativa, razonable y normal desde el momento en que uno se aproxima a ella.

Erving Goffman, INTERNADOS

Queremos introducir dos observaciones. Por un lado advertir que el abordaje etnográfico en la investigación social visibiliza un abanico de particularidades derivadas, en parte, de su difusión al interior de diversas disciplinas sociales y por otra respondiendo a las distintas perspectivas teóricas y epistemológicas en las que se ha encuadrado. Asimismo señalar que en esta presentación no vamos a abordar la temática como una orientación canónica o normativa a seguir en la implementación de una investigación de corte etnográfico. Nuestro interés se dirige a la recuperación de algunos caminos de problematización abiertos por el recorrido disciplinar de la antropología.

En una primera consideración sobre la etnografía se puede observar, a la par de sus amplios usos interdisciplinarios, su diversidad de sentidos. Encontramos así aquella división que establece una delimitación entre la etnografía entendida como un conjunto de técnicas⁵ de recolección y análisis de los datos y la etnografía en tanto perspectiva sobre el conocimiento de lo social que implica entenderla en un marco metodológico y con componentes epistémicos y ético-políticos que la estructuran y fundamentan. Este sentido se aproxima a la concepción de la antropóloga Rosana Guber (2011) quien entiende a la etnografía como un enfoque, un método y un tipo de producto textual, todos ellos interconectados. Se la presenta, entonces como una perspectiva epistemológica en relación a la producción de conocimiento social, traducida en un método que atraviesa todo el proceso y que incluye la escritura etnográfica como *traducción* de la experiencia en un producto textual.

Sobre la base de considerar a la etnografía como una forma de conocimiento que no implica sólo métodos y técnicas Clifford Geertz (1995) en su propuesta teórico-metodológica desde el interpretativismo expresa que hacer etnografía es “establecer relaciones, seleccionar a los informantes, transcribir textos, establecer genealogías, llevar un diario, etc. Pero no son estas

⁵ Las técnicas son los instrumentos o las herramientas de investigación tales como la observación, las entrevistas, los cuestionarios, los diarios de campo.

actividades, estas técnicas y procedimientos lo que definen la empresa... Lo que la define es cierto tipo de esfuerzo intelectual: una especulación elaborada en términos del concepto de *descripción densa*.” (Geertz, p.20-21). Con la noción de descripción densa refiere entonces el autor a los aspectos teóricos y empíricos involucrados en el análisis etnográfico que son traducidos en textos.

La consideración sobre las funciones de la teoría aporta a una visión cabal de la etnografía ya que ella “no es solo método; toda etnografía es también teoría... una buena etnografía, será también una buena contribución teórica” (Peirano, 2021, p.37). Reafirmando su postura la antropóloga brasilera señala que la indagación etnográfica desde su inicio tiene un carácter teórico porque “solamente (o principalmente) ella nos permite cuestionarnos sobre los presupuestos que se hacen vigentes por las nuevas asociaciones o nuevas preguntas que nos proporciona” (Peirano, p.38). Este pensamiento lo podemos rastrear ya en Malinowski (1972) cuando postulaba la relación entre la investigación etnográfica y la generación de nueva teoría:

(...) el etnógrafo tiene que inspirarse en los últimos resultados de los estudios científicos, en sus principios y en sus objetivos... Tener una buena preparación teórica y estar al tanto de los datos más recientes no es lo mismo que estar cargado de «ideas preconcebidas». Si alguien emprende una expedición, decidido a probar determinadas hipótesis, y es incapaz de cambiar en cualquier momento sus puntos de vista y de desecharlos de buena gana bajo el peso de las evidencias, no hace falta decir que su trabajo no tendrá ningún valor. Cuantos más problemas se planteen sobre la marcha, cuanto más se acostumbre a amoldar sus teorías a los hechos y a ver los datos como capaces de configurar una teoría, mejor equipado estará para su trabajo (Malinowski, 1972. p.26)

Cabe considerar, por otra parte, que desde temprano⁶, la antropología inaugura un camino para entender el quehacer etnográfico como una actividad que se construye en la interacción del etnógrafo con los interlocutores, desde la experiencia empírica y la reflexión teórica, para así alcanzar los objetivos de investigación. Esta caracterización, que esbozamos a grandes rasgos en páginas anteriores, supone la experiencia directa del etnógrafo vis a vis la población bajo estudio en el transcurrir de una práctica intensiva de campo. Ella va acompañada de otros rasgos principales que, a la par, le imprimen a la etnografía un perfil distintivo respecto de otras formas de investigación social.

Vimos ya como la etnografía construyó también tempranamente su quehacer distintivo en el campo de las ciencias sociales a partir de su específico objeto de estudio: “los otros” lejanos. Ello nos lleva a pensar en el sentido que se le ha otorgado a la etnografía desarrollada especialmente en los espacios de la *otredad cercana* en la medida en que los antropólogos estudian cada vez

⁶ La obra etnográfica de Malinowski como ya vimos se sitúa a comienzos del siglo XX en contemporaneidad con las de Boas, Mauss, Radcliffe-Brown,

más sus propias sociedades. En este contexto se puede entender la tarea etnográfica como la búsqueda de “documentar lo no-documentado” (Rockwell, 2002, p.21; Achilli, 2005, p.18) de la realidad social. Este sentido y su práctica concomitante son relevantes al permitir acceder al registro de aquello que suele quedar sin registrar por responder, por ejemplo, a un proceso de naturalización de los fenómenos sociales que opera tanto a nivel de los investigadores como de la población. En este orden de ideas Eduardo Menéndez (2012) señala que uno de los principales aportes de este enfoque es plantearse el estudio de lo *obvio*, es decir de aquello que está tan cerca que no lo vemos. Establecido como principio metodológico apunta a hacer presentes las *obviadas* que vemos pero no registramos.

Otra característica básica del proceso etnográfico es que el producto final de la investigación asume las formas de un texto de carácter descriptivo. La construcción del texto visibiliza el problema antropológico de las categorías del lenguaje utilizadas en la descripción y el análisis etnográficos ya que pone en juego la acción de múltiples subjetividades. Retorna la cuestión de la articulación de las *diversas* miradas sobre la realidad social que se discute en el apartado siguiente.

Finalmente, pero no por ello menos importante, tenemos el declarado propósito metodológico de la etnografía de comprender/reconstruir *el punto de vista nativo*, es decir los sentidos y creencias que subyacen en las prácticas cotidianas de las poblaciones y que otorgan razonabilidad a sus acciones y comportamientos. Este objetivo implica la puesta en acto del diálogo: por un lado el investigador con su subjetividad y sus referencias teórico-conceptuales y por el otro su interlocutor con sus vivencias, concepciones y subjetividad. Y para que este diálogo discorra sobre una base continua de estabilidad se hace necesaria una convención, es decir, el establecimiento de unas normas que regulen el proceso de la interacción que aspira a arribar, en ciertas orientaciones del enfoque etnográfico, a la co-construcción de conocimiento social. La tarea aquí, entonces, es el establecimiento de las bases de una equiparación epistemológica de diversas clases de saberes que posibilite la integración de los conocimientos en la producción de conocimiento.

El punto de vista nativo/ La perspectiva del actor

El punto de vista. En cierto momento, más allá del tiempo, el mundo era gris; gracias a los indios Ishir, que robaron los colores a los dioses, ahora el mundo resplandece y los colores del mundo arden en los ojos que los miran.

Eduardo Galeano. BOCAS DEL TIEMPO

Recuperando el propósito comparativo, cualitativo y relativista del quehacer antropológico podemos decir que un estudio etnográfico se interesa por las prácticas de los sujetos a la vez que por los significados que esas prácticas tienen para quienes las realizan. Es decir que se va a ponderar lo que se denomina *el punto de vista del actor social*, recurso metodológico de

recuperación de los sentidos esgrimidos por los sujetos de estudio. Se trata de estructuras teóricas semejantes a las teorías académicas de las que se diferencian por ser producto de la propia experiencia (Peirano, 2006, p. 6).

Para referirse a la distinción entre teorías académicas y visiones nativas David Kaplan y Robert Manners (1981) utilizan las nociones de *visión externa* y *visión interna*⁷ de la cultura respectivamente y cuyas articulaciones en el proceso de producción de conocimiento constituye una disyuntiva metodológica no simple de resolver. En orden a explicitar el camino a seguir los autores recuperan las afirmaciones de Julian Pitt-Rivers cuando éste visibiliza la doble estructuración del denominado modelo del nativo: se trata de *modelos de* la realidad social y también *modelos para* actuar lo cual los coloca en las antípodas de los modelos del investigador que son constructos para comparar. Los modelos nativos explican la realidad y regulan los comportamientos en un entramado categorial que es recuperado por el investigador con un propósito diferente, “establecer equivalencias entre una cultura y otra de acuerdo a criterios que él considera significativos y que provienen de las teorías que sostiene sobre cómo funcionan las culturas, las sociedades o las relaciones humanas” (Pitt-Rivers, 1967 en Kaplan y Manners, 1981, p. 53). Acompaña este sentido la declaración de Rosana Guber al señalar que en la investigación etnográfica la perspectiva nativa “es, a la vez, un punto de partida —pues hay que comenzar por conocerla— y de primera llegada —pues constituye una parte de la explicación de lo real—” (Guber, citada por Balbi, 2011, p. 492).

Es dable problematizar la consideración del denominado punto de vista del nativo a partir de poner el foco en entenderlo como una construcción metodológica y no como “realidad”, más allá de que dicha visión se conciba como construcción de los nativos o actores. Esta conceptualización aparece ya en los enunciados de Malinowski⁸ (1972) sobre la diferencia entre el punto de vista nativo tal como él lo presentaba y lo que los nativos pensaban realmente. En esta línea se encuentra Fernando Balbi (2011) cuando expresa que “al referirnos a la perspectiva nativa o perspectiva del actor estamos usando expresiones convencionales que designan a una construcción heurística desarrollada por el etnógrafo y no una mera transcripción de lo que los nativos efectivamente piensan acerca de su mundo social” (p. 487). De ahí que, según el autor, la mirada de la etnografía lo que busca es explicar las realidades sociales a través de un análisis centrado estratégicamente en las perspectivas de los actores.

⁷ El *punto de vista del actor*, aún con sus distancias conceptuales, puede vincularse a aquello que Kaplan y Manners (1981) llaman la *visión interna* del estudio antropológico para referirse a la visión de la realidad sociocultural elaborada desde las categorías conceptuales de la población nativa. Afirman que una visión interna (el punto de vista nativo) es limitada en el sentido de que las personas tienden a interpretar la realidad social en función de la posición que ocupan en la sociedad de pertenencia y por ende está modelada por múltiples sesgos. Agregan que la visión nativa suele estar construida sobre la base de ciertos fenómenos sociales como la racionalización, proyección, negación, que favorecen la construcción de una visión de la realidad social como ésta “debería ser” al estar orientada por intereses, deseos, expectativas, anhelos. Para referirse a la articulación visión interna (de los nativos) y visión externa (del investigador) acuden a las recomendaciones de Malinowski y de Pitt-Rivers.

⁸ Malinowski explica esta diferencia señalando que los nativos conocen sus motivos, el propósito de sus acciones y de las reglas pero no construyen una visión sobre la forma global de las instituciones “ya que se encuentran dentro de ellas y no pueden verla desde afuera” (Malinowski, citado por Kaplan y Manners, 1981, p. 54)

Con el propósito de contribuir a la discusión sobre la aproximación metodológica denominada punto de vista del actor en el campo antropológico señalando sus usos, alcances y limitaciones se incorpora una mención a los desarrollos presentados por Eduardo Menéndez (2002). El autor destaca que la antropología desde comienzos del siglo XX ha estado interesada en los saberes y conocimientos de los sujetos y que ello muestra una trayectoria que registra continuidades y rupturas visibilizadas en debates, desplazamientos y diversos giros teórico-metodológicos a partir de los cuales se redefinen los sujetos y los objetivos de conocimiento.

En esa línea temática, Menéndez, identifica en los años sesenta y setenta del siglo pasado un renovado interés por recuperar la perspectiva del actor lo que va acompañado por una crítica a posiciones teórico-metodológicas⁹ que opacaban o invisibilizaban en sus explicaciones las interpretaciones de los sujetos sobre la cotidianeidad de su existencia. La recuperación de esta perspectiva parece asociada además a otros factores, entre ellos, la producción y/o reapropiación de conceptos como sujeto, subjetividad, identidad, trayectoria, experiencia, agente, actor, a través de los cuales podría abrirse el camino para describir y analizar la *realidad* en términos procesuales y relacionales. Por último- el autor- destaca en este movimiento intelectual el interés por recuperar y revalidar el punto de vista de los sectores subalternos. Esta perspectiva fue incorporada en estudios que apuntaban a la descripción y análisis de la diversidad de procesos socioculturales como estructura de significados y que revalidaban al sujeto de estudio como agente transformador al proponer un actor que produce y no sólo reproduce la estructura social y los significados. Esta orientación se plasmó en una producción que ponderó el análisis de los comportamientos y procesos sociales colocando el foco no en la estructura o la cultura sino en el actor (los actores).

Aquí el autor llama la atención sobre el hecho de que los individuos (actores sociales) están inmersos en relaciones asimétricas, en una red compleja de hegemonía/subalternidad. Ocupan distintos espacios en una estructura social y pueden tener representaciones y prácticas similares, pero también saberes diferenciales, conflictivos y hasta antagónicos. Hay entonces una heterogeneidad de actores significativos cuyas particularidades diferenciales deben incluirse en el análisis. A tenor de este señalamiento se vincula el uso metodológico de la perspectiva del actor a ciertos objetivos políticos e ideológicos que

(...) buscan recuperar, posibilitar, rehabilitar, incluir la palabra del otro, dentro del juego de poderes y micropoderes dominantes. Documentar el punto de vista de la mujer, del loco, del homosexual o del indio americano, supone un objetivo no sólo metodológico sino político e ideológico para una parte de los que impulsaron el desarrollo de esta aproximación. Los usos actuales de este

⁹ Se trata de las críticas que en los años sesenta se erigieron contra el simbolismo estructuralista (tradición de Lévi-Strauss o Mary Douglas) que no permitían producir una interpretación de los comportamientos observados en la cotidianeidad de los sujetos a partir de ellos mismos. (Menéndez, 2002)

recurso metodológico supondría hacer evidente la diferencia y la desigualdad que caracterizan nuestras sociedades (p. 319).

Otros matices se observan en ciertas aplicaciones metodológicas de la perspectiva del actor cuyo objetivo se orienta a concretar acciones previstas en conjunto y donde los conocimientos generados se configuran como mecanismo de concientización, acción y participación colectiva al estar referidas

(...) no sólo a la recuperación de la racionalidad del “otro”, sino a la necesidad de incluir las necesidades/objetivos/decisiones de los actores para que éstos asuman como suyos los proyectos sobre problemas específicos, participen en ellos y no se consideren como meros reproductores o consumidores, por ejemplo, de los objetivos diseñados por los servicios de salud respecto del abatimiento de la mortalidad materna, el mejoramiento de la nutrición o la disminución de las consecuencias generadas por el consumo de alcohol (p. 319).

A propósito de estos usos de la etnografía es dable hacernos eco de la advertencia acerca de que la etnografía no es una práctica que transforme por sí misma las prácticas de los conjuntos sociales, aunque puede contribuir a procesos encaminados a ello. La transformación social se origina en procesos políticos y en acciones colectivas de otro orden, que tienen su propia lógica (Rockwell, 2009, p. 30).

La experiencia en y del campo

Tal como un juego se aprende jugando, una cultura se aprende viviéndola

Rosana Guber. LA ETNOGRAFÍA. MÉTODO, CAMPO Y REFLEXIVIDAD

La concepción antropológica de campo refiere, siguiendo a Guber (2011), a una clase de unión entre un ámbito físico, los conjuntos sociales y el investigador en sus mutuas relaciones y actividades. El campo no es un espacio geográfico ni un recinto autodefinido. No se trata de algo que está dado sino que es un recorte de la realidad construido en las relaciones cotidianas entre el investigador y sus interlocutores. Hay que tener en cuenta que la realidad social tal como la entiende la autora se compone de fenómenos observables y de las significaciones que los sujetos le otorgan a su entorno y a sus comportamientos. De este modo, pues, el investigador en el campo “accede a dos dominios diferenciales, aunque indisolublemente unidos: el de las acciones y las prácticas y el de las nociones y representaciones” (Guber, op.cit, p. 47).

Ahora bien, considerando que el investigador necesita desentrañar los sentidos y las relaciones construidas por los actores y que conocer implica ponerse en relación con otros podemos

entender que el proceso central del trabajo de campo¹⁰ se mueve entre la observación directa y la interacción continuada en la vida cotidiana de una población. Fue Malinowski en la segunda década del siglo XX quien, al postular la necesaria asociación entre el trabajo teórico y el trabajo empírico en la producción del conocimiento científico, insta a considerar que la recolección de los datos y el trabajo de análisis de los mismos son partes indisolubles de la investigación. Ambas actividades deben ser asumidas por la misma persona (el trabajador de campo-teórico). Se establecía así la autoridad del teórico investigador de procedencia académica que reunía en su persona experiencia en trabajo intensivo de campo y en análisis científico. Esta normativa de autoridad dejaba en claro que si bien el investigador era parte integrante del proceso etnográfico de producción de conocimiento de ningún modo ello significaba que se convertía en un nativo¹¹. Años más tarde este juicio es reafirmado por Geertz (2002) cuando nos dice que “Para descubrir lo que las personas piensan que son, lo que creen que están haciendo y con qué propósito piensan ellas que lo están haciendo, es necesario lograr una familiaridad operativa con los marcos de significado en los que ellos viven sus vidas. Esto no tiene nada que ver con el hecho de lo que los otros sienten o de pensar lo que los otros piensan, lo cual es imposible” (p. 37).

Hacia el último tercio del siglo XX se han reformulado los presupuestos de la investigación antropológica en paralelo a un cuestionamiento a la práctica de la antropología clásica por debilitamiento del modelo de estudio del “otro” en tanto representación del mundo primitivo, lejano, exótico. Ello acontece ligado al quiebre y redistribución del poder colonial en las décadas posteriores a 1950 y a sus efectos en ciertas perspectivas teóricas de la cultura de las décadas de 1960 y 1970. A ello se suma la intensificación que se produce, a nivel global, en las relaciones económico-políticas y, a nivel local, el incremento de la sociabilidad en los espacios de integración sociocultural, que son los “mundos” donde se desarrollan, básicamente, las relaciones sociales, culturales y simbólicas. En este contexto la investigación antropológica produce un cambio de orientación hacia el estudio del “nosotros”, hacia los espacios cotidianos, entre otros, de las instituciones de atención de la salud, de las escuelas, de las asociaciones barriales, de las cárceles. La labor etnográfica se re-organiza entonces frente a la diversidad cultural y la desigualdad social que entraña la pluralidad de los grupos sociales en relación con la clase, el género, la edad, la etnicidad, entre otros. No obstante, como medio de producción de conocimiento a partir de un compromiso intenso e intersubjetivo, el trabajo de campo, conserva su centralidad.

Al respecto de este lugar central que ocupa el trabajo de campo en la labor etnográfica debemos mencionar las diversas técnicas que se ponen en juego en el desarrollo de la investigación: observación participante, entrevistas, encuestas, grupos focales, historias de vida y

¹⁰ El trabajo de campo se refiere a esa fase del proceso investigativo dedicado al levantamiento de la información requerida para responder a un problema de investigación. El trabajo de campo es el momento en el cual el etnógrafo realiza el grueso de la labor empírica

¹¹ Geertz señala que con la publicación del *Diario de campo en Melanesia* de Malinowski “el mito del investigador de campo camaleónico, mimetizado a la perfección en sus ambientes exóticos, como un milagro andante de empatía, tacto, paciencia y cosmopolitismo, fue demolido” (Geertz, 1994, p. 73)

otras formas de registro audiovisual. Dados los propósitos de este texto nos vamos a centrar en los ejes y conceptos que orientan las discusiones más recientes sobre una técnica nuclear: la observación participante.

Observación participante

Centrándonos en la observación participante diremos que se trata de una técnica, para algunos, o de un método, o de una estrategia metodológica para otros, que supone la participación del investigador en las actividades cotidianas de la población con el objetivo de obtener información para responder a las preguntas de la investigación. Se trata, entonces, de una actividad fundada en parámetros de interacción social ya que el investigador forma parte de lo que se está observando. En general implica la puesta en juego de la dimensión corporal-afectiva del investigador.

Cabe destacar, por ende, que la observación participante moviliza un amplio rango de interacciones posibles en el campo que oscilan entre el “adentro” (participar) y el “afuera” (observar); por un lado “atrapar empáticamente el sentido de acontecimientos y gestos específicos; por el otro, dar un paso atrás para situar esos significados en contextos más amplios” (Clifford, 2001, p. 53).

En su análisis de la perspectiva etnográfica Guber (2011) hace un planteo semejante sobre la observación participante al distinguir, analíticamente, las dos actividades fundantes de la misma: “observar sistemática y controladamente todo lo que acontece en torno del investigador, y participar en una o varias actividades de la población” (p. 52). Ello quiere decir que se trata, entonces, de una observación ordenada, con ciertos objetivos orientados en los propósitos de la investigación y de una participación del investigador compartiendo acciones y prácticas de la población. Cabe señalar, no obstante, que se trata de una “técnica no directiva” (p. 109) ya que el investigador, por la misma flexibilidad de aquella, no está en condiciones de definir de antemano qué clase de actividades hay que observar y de cuáles otras se podrá obtener cierta información. Debe entonces darse un proceso de *socialización* por medio de la técnica.

A continuación incorporaremos-siguiendo a la autora- ciertas reflexiones sobre dos paradigmas (positivista e interpretativista) en sus concepciones sobre la aplicación de esta técnica. Ambas posturas parten de supuestos básicos propios que privilegian diferencialmente la relación del/la investigador/a y la población bajo estudio. En lo que atañe al paradigma positivista¹², y la implementación de la observación participante, se afirma que si el

¹² Siguiendo los lineamientos positivistas una observación neutral, desde “afuera”, sería garantía de la objetividad científica en la aprehensión del objeto de conocimiento. Dicho objeto, ya dado empíricamente, debe ser recogido por el investigador mediante la observación y otras operaciones de la percepción. La observación directa tendería a evitar las distorsiones como el científico en su laboratorio. (Hammersley, 1984 ; Guber, 2004)

investigador pretende hacer observación y participación a la vez entorpecerá su investigación ya que cuanto más participa menos observa y cuanto más observa menos participa. Esta situación dilemática es resuelta por el positivismo bregando por la adopción de uno de los ángulos: la observación como la herramienta prioritaria de la obtención de los datos. En esta postura se descalifica el ejercicio de un rol participativo del investigador ya que dificultaría la necesaria desimplicación del investigador requisito indispensable para producir un conocimiento objetivo. En esta postura se señala negativamente la *intrusión* de la subjetividad del investigador en el trabajo de campo.

Desde ciertas variantes del interpretativismo el foco está puesto en la re-construcción de los significados que los individuos le asignan a sus acciones se promueve que el etnógrafo asuma la inmersión subjetiva empáticamente a partir de su rol preponderante de participante pleno con el fin de recrear en su subjetividad las intenciones, sentimientos y propósitos del otro en tanto objeto de estudio. De modo que es la dimensión subjetiva la que se constituye como la base legitimadora del conocimiento.

Tomando en consideración estos dos posicionamientos es dable señalar para ambos que la presencia directa del investigador en el campo tiene una función positiva para el conocimiento de la realidad social porque evita mediaciones de terceros. Hecha esta aclaración veremos algunas observaciones críticas sobre ambas posturas referidas a: a) cuál es el lugar que se asigna a la subjetividad del investigador en la producción etnográfica de conocimiento y b) cuál es el lugar de la teoría en ambas posturas.

En referencia al punto a) podemos señalar la falacia de la postura positivista ya que en la investigación de lo social no es posible practicar una observación *neutral* llevada a cabo por un investigador desimplicado, como un mero espectador un “observador puro” (p. 112) Por el contrario el investigador realiza el trabajo de campo en cuanto tal sin desprenderse de todas sus otras cualidades en tanto sujeto social. Su carga subjetiva, en las dimensiones individual y social (valores, creencias, deseos, emociones), así como las experiencias personales y profesionales, el bagaje cultural, el contexto social y los procesos cognitivos propios de cada persona, que pueden no sólo afectar sino también enriquecer la producción de conocimiento y afectando asimismo el comportamiento de los observados y de cuanto sucede en la escena. Luego el desafío que se presenta no es eliminar la subjetividad del investigador sino visibilizarla y ejercer un control sobre ella, pero no porque sea un elemento negativo sino porque se constituye en herramienta genuina y legítima en el entendimiento de la realidad social en la perspectiva de los sujetos de estudio. Su potencial se efectivizará a partir de una práctica reflexiva-disciplinada por parte del investigador (Montes de Oca, 2016).

En el caso de la postura opuesta el investigador da prioridad casi excluyente a la información que proviene de su intenso involucramiento en ciertas actividades y en el ritmo de vida cotidiana (participación plena). Esta posición ofrece la ventaja de facilitar el acceso a información imposible de obtener de otro modo pero su viabilidad se ve comprometida por la imposibilidad de que el

investigador sea, *stricto sensu*, uno más entre sus interlocutores.¹³ Al plantear que las concepciones mismas del investigador no intervienen en la descripción la misma configura un quehacer puramente subjetivo (del investigador o de los interlocutores).

Considerando ahora el punto b) que atañe a la pregunta de si es posible producir conocimiento científico de la realidad social de manera inmediata, sin mediación de la teoría, podemos afirmar que en ambas posturas la teoría queda suspendida, en un caso el conocimiento etnográfico aparece como un mero reflejo de la realidad observada y en el otro como un producto puro de la subjetividad. Las objeciones a estas posturas epistemológicas sostienen que toda descripción involucra, necesariamente, una concepción del objeto. En toda investigación etnográfica se encuentran, implícitas o explícitas, teorías y concepciones del objeto de estudio que conducen hacia una de las múltiples descripciones posibles de la realidad estudiada (Rockwell, op.cit; Guber, op.cit).

En base a lo planteado y desde una postura crítica a los paradigmas revisados, corresponde señalar que la producción de conocimiento se concibe como un sistema de interrelación sujeto y objeto, entendiendo que el objeto de conocimiento se construye mediante abstracciones elaboradas desde un posicionamiento metodológico en la búsqueda de la articulación entre las perspectivas nativas y las del investigador.

Para cerrar este apartado retomamos a Guber cuando destacando el hecho de que es imposible observar sin participar, ha propuesto el concepto de “participación con observación” o “participación observante” (p. 175). En sintonía con otros autores (Da Matta, 1995; Cardoso de Oliveira, 1996)¹⁴ destaca que no es la presencia directa del investigador en el campo lo que garantiza la producción de conocimiento sino la vivencia como vehículo para indagar en los *modelos para actuar* de los actores sociales tratando de sistematizarlos en un modelo interpretativo a partir de modos de aproximación como la coresidencia, el desempeño de distintos roles, de sucesivas presentaciones del investigador y la empatía con el interlocutor. Por ello la participación es “no sólo una herramienta de obtención de información, sino el proceso mismo de conocimiento de la perspectiva del actor, pues éste es el que abre las puertas y ofrece las coyunturas culturalmente válidas para los niveles de inserción y aprendizaje del investigador” (p.121).

¹³ La suspensión de las categorías mentales del investigador para incorporar las que se derivan de las significaciones de sus interlocutores a los fines de comprender no resulta del todo posible aun dentro de su propio marco cultural de referencia y resulta obviamente imposible en la investigación intercultural. Por otro lado el control del etnocentrismo no significa que el investigador deba renunciar a sus hábitos mentales, ni a su entorno cultural. (Vazquez, 1994)

¹⁴ Para profundizar en el tema remitirse a los planteos de da Matta (1999) en "El oficio del etnólogo o como tener 'Anthropological Blues'" En Constructores de Otriedad. Antropofagia, Buenos Aires y a las referencias de Cardoso de Oliveira (1996) en "O trabalho do Antropólogo: Olhar, Ouvir, Escrever".

Reflexividad e (Inter) subjetividad

Una particular consideración se relaciona con ciertas experiencias ligadas a con el acceso del investigador a la vida cotidiana¹⁵ de una población, de un grupo, de una institución. Nos referimos a que instituir relaciones en el campo, al igual que registrar esa experiencia, implica inevitablemente en términos metodológicos, examinar la dimensión subjetiva, la construcción de la inter-subjetividad del proceso investigador y un ejercicio de reflexividad:

La interacción etnográfica en el campo, por ser un proceso social, en gran medida está fuera de nuestro control. Lo que de hecho se hace en el campo depende de la interacción que se busca y se logra con personas de la localidad y de lo que ellos nos quieran decir y mostrar. Intervienen nuestros propios procesos inconscientes, las formas en que manejamos nuestras angustias en el trabajo y las interpretaciones de la situación que apenas articulamos como tales. Influyen las posturas políticas y los compromisos éticos que asumimos... las maneras de trabajar se articulan necesariamente desde cada investigador: desde ahí cobran sentido (Rockwell, 2009, p.49).

En concordancia con lo expresado en la cita entendemos, en primer lugar, que realizar trabajo de campo etnográfico es toparse con las relaciones sociales porque el trabajo de campo se despliega en el mundo social en su diversidad cultural y atravesado por redes estructurales de desigualdad (de género, edad, clase, etnicidad). De este modo el trabajo de campo se nos presenta como una práctica en la que el investigador está integrando una red de relaciones intersubjetivas¹⁶ y participando así de un juego de ida y vuelta con interlocutores con los que se está en cierto grado de tensión y que poseen objetivos en ocasiones contrastantes con los suyos. Ello configura un escenario que para el investigador se traduce en una experiencia cognitivo-corporal.

Es apropiado, entonces, considerar los otros matices conceptuales presentes en la cita referidos a aconteceres emocionales que se experimentan subjetivamente en las interacciones del trabajo de campo. Ello supone para el investigador la vivencia de múltiples sentimientos, angustia, ansiedad, que se le vuelven difíciles de captar y, sobre todo, de entender la influencia que ejercen en la producción de conocimiento. Sobre estas complejidades del quehacer etnográfico

¹⁵ Por vida cotidiana se entienden las vivencias diarias, los comportamientos rutinarios por los cuales las personas transitan diariamente y por medio de los cuales construyen sus relaciones sociales. El carácter rutinario, repetitivo de los comportamientos diarios favorece un proceso de naturalización de los mismos, que pasan desapercibidos, de modo que las explicaciones de por qué se actúa de un modo o de otro exige un trabajo conciente de desnaturalización para tratar de desenredar lo que aparece como lo normal.

¹⁶ Para Berger y Luckmann (1994) la intersubjetividad referencia a un fenómeno que pone de manifiesto el universo de significaciones construido colectivamente a partir de la interacción. Es el vivir humano en una comunidad social e histórica.

se comienza a hablar más abiertamente en la segunda mitad del siglo XX en ocasión de la publicación post mortem del diario de campo ¹⁷ de Bronislaw Malinowski.

En relación con esta temática y en contra de ciertos artilugios esgrimidos a la manera positivista de sostener la idea de la neutralidad del investigador y de la no modificación del campo observacional por la presencia del mismo, el antropólogo y psiquiatra norteamericano George Devereux (1977) señala que “No es el estudio del sujeto observado sino el del observador el que nos proporciona acceso a la *esencia* de la situación observacional” (p. 22). El autor propone analizar las reacciones del científico a su material y su trabajo “sus angustias, sus maniobras defensivas, su estrategia de investigación, sus decisiones” (p. 23) pues esa subjetividad también construye las narrativas y los contextos de interacción a lo largo de todo el proceso de la investigación etnográfica. Es dable señalar que la reconstrucción de los procesos internos del sujeto, procesos cognitivos y afectivos, requiere las formas de interacción y concepción construidas por la psicología. Ello abre un espacio para una discusión profunda intra y transdisciplinar que apunte a una complementariedad de saberes entre psicología y socioantropología.

Pasando ahora a explorar el sentido y la función de la práctica reflexiva en la investigación etnográfica podemos observar que ésta en su modelo clásico presenta de modo ordenado una serie de procedimientos y técnicas, un método que establece las etapas a seguir: una primera etapa de construcción del problema y realización de las primeras prospecciones de campo, una segunda etapa de trabajo de campo intensivo aplicando la observación participante y entrevistas no estructuradas y otras estrategias, la tercera etapa que corresponde a fase final del trabajo de campo donde se busca profundizar algunos tópicos o saldar ciertas inconsistencias entre los datos aportados por las distintas técnicas empleadas, la cuarta etapa, que se desarrolla en el gabinete, implica la codificación y análisis de los datos de campo así como la construcción del texto etnográfico.

Es necesario comprender que estas etapas “se caracterizan por combinar la destreza del/la etnógrafo/a para adentrarse en el mundo de los otros, aprovechando la subjetividad propia, pero controlándola, a fin de entablar una relación intersubjetiva y, con ello, captar la perspectiva de los sujetos de estudio”. (Montes de Oca, op. cit.: 6).

Esto nos lleva a considerar, en primer lugar, que el/la investigador/a en el proceso etnográfico de producción de conocimiento ha de implementar un ejercicio de reflexividad¹⁸, de toma de conciencia “sobre su persona y sus condicionamientos sociales y políticos” (Guber, 2004, p. 45) en

¹⁷ El diario de campo que Malinowski (1884-1942) escribió durante su investigación en Melanesia (Diario de campo en Melanesia) fue casualmente encontrado luego de su muerte y publicado en 1966. En el diario además de observaciones metodológicas y etnográficas en general, el autor deja al descubierto sus pasiones encontradas, sus afectos, sus emociones, sus sesgos subjetivos. Es esta dimensión de la subjetividad del etnógrafo operando en la producción de conocimiento lo que ha concitado el mayor interés de este diario en el campo disciplinar, y en general, en la ciencias sociales. Paradójicamente Malinowski no incluyó en sus obras la discusión sobre los eventos subjetivos de su quehacer etnográfico.

¹⁸ Según Guber (2001) “la reflexividad propia del trabajo de campo hace referencia al proceso de interacción, diferenciación y reciprocidad entre la reflexividad del investigador (sus preconcepciones de sentido común, sus marcos teóricos y académicos) y la reflexividad de la población bajo estudio” (P. 51). Es decir que la reflexividad es el marco en el cual todos los sujetos involucrados no sólo pueden reflexionar sino además establecer entendimientos mutuos.

tanto ellos son operadores activos en dicho proceso. Esta función reflexiva debe instalarse en el/la investigador/a como manera de ser y de hacer a lo largo de todo el proceso de conocimiento. Desde el ámbito de la sociología Pierre Bourdieu (1995) señala otras dos dimensiones que modelan la producción de conocimiento del investigador y que muestran un desplazamiento en la manera en que el autor fue considerando la práctica reflexiva en el quehacer científico que ya no refiere sólo a una autoconciencia de las categorías precientíficas del investigador -expresado en el planteo rupturista de su producción anterior¹⁹- sino que alude a la capacidad del investigador de reflexionar epistemológicamente respecto de él mismo en cuanto miembro de una comunidad científica. La otra dimensión que considera concierne a lo que denomina epistemocentrismo, el cual refiere a las "determinaciones inherentes a la postura intelectual misma. La tendencia teoricista o intelectualista consiste en olvidarse de inscribir, en la teoría que construimos del mundo social, el hecho de que es el producto de una mirada teórica." (Bourdieu y Wacquant, citado en Guber, 2011. p. 46).

En el tratamiento de la noción de reflexividad que recuperamos de Guber y de Bourdieu hay un denominador común: analizar la relación del científico social con su objeto y puesto que no es posible hacer a un lado las concepciones propias al observar y describir los procesos sociales o culturales, es necesario tomar conciencia de esas concepciones y realizar el trabajo para exponerlas (Rockwell, op.cit).

Esta conjunción, con sentido metodológico, permite comprender que en el trabajo etnográfico se ponen en juego distintos niveles de reflexividad: El primer nivel integra los presupuestos asociados a la posición del investigador en tanto miembro de una sociedad y una cultura (su género, edad, clase social, etnicidad, sus intereses personales, la selección del tema, etc.) "El control reflexivo sobre la subjetividad propia genera la conciencia necesaria para situar las propias condiciones, visiones y opiniones a fin de distinguirlas de las que forman parte del objeto de estudio" (Montes de Oca op. cit p. 7). Con ese propósito se controlan el etnocentrismo, sociocentrismo y otras centraciones derivadas de las inscripciones identitarias. El segundo nivel refiere a la posición del analista dentro del campo académico/científico de las ciencias sociales (su perspectiva teórica, el hábitus disciplinar, sus interlocutores que son otros teóricos, las relaciones con el campo del poder). Se controla el "epistemocentrismo". El tercero refiere a la reflexividad de los miembros de la comunidad que tiene otra existencia social y que se objetiva en los comportamientos cotidianos que constituyen el objeto de conocimiento (Rockwell, op. cit. p. 28).

Entendiendo la investigación etnográfica como un proceso totalizador la reflexividad debe articularse, de modo particular y variable, a las distintas fases de dicho proceso de conocimiento de modo que también incluye los modos de abordaje del campo y de la escritura del texto final en tanto producto de la interacción de múltiples subjetividades (Guber, op.cit).

¹⁹ Para ampliar remitimos a la lectura de la ruptura epistemológica planteada por Bourdieu en *El oficio del sociólogo* al referirse a la construcción del objeto de estudio.

La necesidad de la reflexividad sobre la propia subjetividad se refuerza a partir de considerar también que el investigador no es un observador indiferente, inocente ni omnisciente, y menos poseedor de una sola identidad, por el contrario, es un sujeto en quien se entretejen múltiples identidades devenidas de su edad, sexo, raza y posición social (Rosaldo, 1991) de allí la recomendación de una sistemática vigilancia metodológica sobre las implicaciones de dichas esferas de su subjetividad en lo que se construyó, observó y, registró en el campo.

Referencias

- Achilli, E (2005) *Investigar en Antropología social*. Rosario: Laborde editor.
- Balbi, F (2011) *La integración dinámica de las perspectivas nativas en la investigación etnográfica*. Intersecciones en Antropología 13 Facultad de Ciencias Sociales - UNCPBA
- Clifford, J (2001) *Dilemas de la cultura*. Barcelona: Gedisa.
- Berger, P y Luckmann, T. (1994) *La construcción social de la realidad*. Bs. Aires: Amorrortu
- Bourdieu, P y Wacquant, L (1995) *Respuestas. Por una antropología reflexiva*. México: Editorial Grijalbo.
- Bourdieu, P. Passeron, J y Chamboredon (1975): El oficio de sociólogo, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Cardoso de Oliveira, R. (1996) O trabalho do Antropólogo: Olhar, Ouvir, Escrever. *Revista de Antropología* 30 p.30-37 Sao Pablo.
- da Matta, R. (1999). El oficio del etnólogo o como tener 'Anthropological Blues'. En Boivin et al *Constructores de Otredad, (172-178)* Buenos Aires: Antropofagia.
- Deveraux, G.(1977) *De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento*. México: Editorial Siglo Veintiuno.
- Kaplan, D y R Manners (1981) *Introducción crítica a la teoría antropológica*. México: Nueva Visión.
- Knorr Cetina, K. (2005) *La fabricación del conocimiento. Un ensayo sobre el carácter constructivista y contextual de la ciencia*. Buenos Aires: Universidad de Quilmes Editorial.
- Kuper, A (1973) *Antropología y antropólogos*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Guber, R. (2004) *El salvaje metropolitano*. Buenos Aires: Paidós.
- _____ (2014) *Prácticas etnográficas*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- _____ (2011) *La etnografía. Campo, método y reflexividad*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Geertz, C (1995) *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa editorial.
- _____ (2002) *Reflexiones antropológicas sobre temas filosóficos*. Buenos Aires: Paidós
- _____ (1994) *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*. Barcelona: Paidós.
- Hammersley, M y Atkinson, P.(1994) *Etnografía, ¿Qué es la etnografía?* España: Paidós.
- Harris, M. (1979) *El desarrollo de la teoría antropológica*. España: Siglo veintiuno.
- Lins Ribeiro, G. (1989) Descotidianizar: extrañamiento y conciencia práctica. Un ensayo sobre la perspectiva antropológica. *Cuadernos de Antropología Social*, vol. 2 pp.65-69

- Malinowski, B (1973) *Los Argonautas del Pacífico Occidental*. Barcelona: Editorial Planeta-De Agostini.
- _____ (1967). Diario de campo en Melanesia. España. Universidad de Júcar
- Mauss, M (2006) *Manual de etnografía*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica
- _____ (1991) *Sociología y Antropología*. Madrid: Tecnos
- Menéndez, E. (2002). *La parte negada de la cultura. Relativismo, diferencias y racismo*. Barcelona: Bellaterra.
- Montes de Oca, L (2016) Una ventana epistémica a la (inter) subjetividad. Las potencialidades del método etnográfico. *Forum: Qualitative Social_Research*. Volumen 17, No. 1, Art. 8
- Nivón, E. y Rosas, A. (1991) Para interpretar a Clifford Geertz. Símbolos y metáforas en el análisis de la cultura. *Alteridades*, vol. 1, núm. 1pp. 40-49 Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa
- Prats, J. y Fernandez R. (2017) *¿Es posible una explicación objetiva sobre la realidad social? Reflexiones básicas*. Didacticae, 1, Universitat de Barcelona.
- Peirano, M. (2006). *A Teoria Viva e outros ensaios de antropologia*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar
- _____ (2021). Etnografía no es método. *Antípoda*. Revista de Antropología y Arqueología. Univ. de los Andes. 44: 29-43.
- Rockwell E. (2009) *La experiencia etnográfica: historia y cultura en los procesos educativos*. Buenos Aires: Paidós
- Rosaldo,R.(1991) *Cultura y Verdad*. Ecuador: Ediciones Abya-Yala.
- Thuillier, P. (1992) El contexto cultural de la ciencia. Entrevista. *Ciencia Hoje*. Brasilia Investigacion Hoy. 33, pp 18-22
- Vazquez,H (1994) Investigadores, construcción crítica del conocimiento y crisis de los paradigmas en sociología y antropología sociocultural. *Revista RUNA XXI*.pp.335-346
- Wright, P. (1994) Experiencia, intersubjetividad y existencia. Hacia una teoría-práctica de la etnografía. *RUNA XXI*. pp 347-380